

YVES MOUREAU

Razones para creer

Traducido por María Isabel Miralles

Obra original del Abbé Yves MOREAU,
Chrétien, quelles sont tes raisons de croire?
Éditions Résiac - F 53150 Montsûrs 1993

Fundación GRATIS DATE. Pamplona, 2001

Presentación

Cristianos, ¿qué razones tenéis para creer?

«He preguntado a algunos cristianos por qué tienen fe y no han podido responderme. Y he pensado que si no tienen respuestas para mí, tampoco las tendrán para sí mismos» (Un alumno de 8º EGB)

«Estad siempre prestos a dar razón de vuestra esperanza ante los que os preguntan» (1P 3,15)

«Dichosa tú que has creído» (Lc 1,45).

«Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque ocultaste estas cosas a los sabios y entendidos y las revelaste a los humildes» (Mt 11,25).

Estas páginas, amigo lector, se han escrito para que tengas la certeza de que tu actitud de cristiano es verdaderamente razonable. Ellas pueden ayudarte a responder a los críticos y, al mismo tiempo, a progresar en tu fe.

Sin embargo, no esperes demasiado de la dialéctica. Harás mucho más por Cristo y por los demás con tu oración y tu forma de vida, siguiendo las huellas del Maestro.

De esta forma toda tu vida y toda tu persona serán una respuesta a la interrogación de los que no creen, y quizá algún día tendrás la sorpresa y la dicha de que un amigo te pregunte: «¿Dime, tú que eres un verdadero cristiano, en qué razones fundamentas tu fe?»

Entonces, le abrirás tu alma y , al mismo tiempo, entrarás en las suyas... Y como un soplo sobre las brasas, iluminarás su corazón y lo calentarás con el fuego que arde en el tuyo.

María Isabel Miralles

I. LOS FUNDAMENTOS

1. ¿Por qué este folleto?

No es necesario para mantenerse en pie conocer las leyes del equilibrio, ni las de la dinámica para montar en bici. Instintivamente, buscamos nuestro centro de gravedad y damos a los pedales, un poco como Monsieur Jourdain, el personaje de Molière, que escribía en prosa sin saber el significado de esta palabra.

Del mismo modo, *no es necesario que un creyente sepa explicar las razones de su fe para que ésta sea auténtica.*

Pero en el clima actual de desconfianzas e incertidumbres, de liberalismo doctrinal, de materialismo teórico y práctico, el cristiano debe hacer *inventario de los puntos de apoyo y los motivos esenciales de su fe.* Así podrá responder con justeza a las preguntas que le formulen los no creyentes; y, al mismo tiempo, podrá también interrogarles sobre el sentido de su existencia y sus razones para vivir.

Este diálogo debe abordar *una reflexión sobre el mundo* que vaya más allá de las simples apariencias; debe también aludir a la historia anunciando el acontecimiento capital que es el origen de nuestra fe: la vida, la muerte y la resurrección de Jesucristo. Si eludimos

uno de estos elementos, corremos el riesgo de encontrarnos ante una pregunta sin respuesta o una respuesta sin pregunta.

Las consideraciones que siguen no tienen la pretensión de agotar el tema, ni mucho menos de forzar al no creyente a aceptar el Evangelio. La fe es algo más *complejo*; no se construye desde la inteligencia solamente, sino que exige nuestra libre voluntad y un don del cielo. Jesús ha dicho : «Nadie viene a mí si mi Padre no le atrae» (Jn 6,44).

¿A quién van destinadas estas reflexiones?

Estas páginas pretenden ayudar al creyente que necesita coherencia y claridad para verificar que su fe reposa sobre serias bases. Eso le permitirá un diálogo más fácil con sus *hermanos no creyentes*, y le hará capaz de entender mejor las dificultades que tienen.

Aunque este pequeño estudio no está destinado a los no creyentes, puede descubrirles que, para un creyente, su fe, lejos de oponerse a la inteligencia, ilumina a ésta con una nueva luz.

Por otra parte, este texto dará más fruto cuando en el corazón del no creyente se vea complementado con *el testimonio de los cristianos auténticos*, signos vivos de Dios vivo.

¿Cómo utilizarlo?

Para sacar el mejor partido a este intento no es necesario *estudiar todas las cuestiones*, pero sí es conveniente subrayar que se exponen con cierto orden lógico.

Dentro de cada asunto, en el caso de un debate, la experiencia aconseja que se avance párrafo a párrafo, verificando lo que se comprende y aquello en lo que se está de acuerdo. También será útil ilustrar el texto con algunos ejemplos.

•«*Buscad y encontraréis; llamad y se os abrirá*» (Lc 11,9).

2. ¿Hay diferencias entre el hombre y el animal?

No lo parece. Nace como el animal y, como el animal, muere. Necesita alimentarse como el animal y, como el animal, se reproduce.

Sin embargo, los sabios han subrayado, desde la más alta antigüedad, los rasgos distintivos que separan al hombre del resto de los animales. La capacidad de su cráneo, su postura erguida, la articulación del índice con el resto de la mano, son características al servicio de cierto poder que le permite confeccionar *útiles*: de burda factura al principio, que se afinan y pulen con el tiempo. Más aún, inventa utensilios para fabricar otras herramientas que le faciliten su trabajo.

El *fuego*, terror de la naturaleza, sólo ha sido dominado por el hombre y puesto a su servicio. Pero no le ha sido suficiente la utilidad, también ha buscado la *belleza*. Es admirable la sobriedad y el vigor de las pinturas rupestres de Altamira o las curiosas alineaciones de menhires de Bretaña.

Sólo él *entierra a sus muertos*, afirmando así de algún modo, en el culto a los que le precedieron, que no todo acaba con la muerte y que existe otra vida.

«Una interesante experiencia permite poner al día la diferencia entre el instinto del animal y la inteligencia. Cuando la *abeja* elabora el tapón de cera del alveolo, sabe con precisión resolver los problemas que van surgiendo en su labor; pero si perforamos el fondo del alveolo, la abeja continua incansable depositando miel en él. Una hora antes, en pleno proceso de construcción, su instinto le hubiera permitido resolver el problema pero ahora no.

«Toda la diferencia entre instinto e inteligencia está ahí. El hombre sabe lo que hace y porque lo hace» (J. Loew).

• «*¿Qué es el hombre, para darle poder?... Le diste el mando sobre las obras de tus manos, todo lo sometiste bajo sus pies*» (Sal 8,5.7).

3. ¿El espíritu del hombre puede alcanzar la verdad?

No lo parece: «no sabemos el todo de nada» (Pascal). Y la experiencia nos induce a dudar de todo.

Sin embargo, la duda es tan ajena a la naturaleza de nuestro espíritu que *la duda total nos es radicalmente imposible*, porque ella afirma al menos una certeza: “dudo”, sin contar las múltiples certezas que tenemos en la vida práctica.

Ciertamente, no todos los conocimientos aparecen a nuestros ojos con la misma claridad. Así pues, nos cuesta saber quiénes somos. *Nuestra inteligencia es limitada*: los seres guardan en parte su secreto y no se entregan a nosotros sino a través de las relaciones que tienen entre ellos y con nosotros.

Pero tal conocimiento está lejos de ser desdeñable. Aunque *no llega* al fondo de las cosas y de las personas, nos pone en *comunicación real con su intimidad*: el misterio del conocimiento nos remite al del amor. En hebreo un mismo término significa conocer y esposar.

Es interesante observar que así nos aproximamos a *las conclusiones más recientes de la ciencia*. En la actualidad, los sabios confiesan que escapa a su conocimiento la totalidad de la estructura íntima de la materia, pero, al mismo tiempo, reconocen –gracias al juego de las estadísticas– las leyes que nos descubren parcialmente su misterio.

El hombre debe reconocer *humildemente* los límites de la ciencia, pero se equivocaría, y mucho, si en uno u otro campo de realidades pusiera límites a la capacidad de su espíritu. Éste posee una complicidad y misteriosa relación con los demás seres. Gracias a su inteligencia, el hombre puede saborear una de las mayores dichas de la vida: el gusto de la verdad en la percepción del mundo real.

• «*Yo he venido a dar testimonio de la verdad... La verdad os hará libres*» (Jn 18, 37; 8,32).

4. ¿Es la muerte la aniquilación del hombre?

Así pudiera creerse al contemplar la descomposición de un cadáver. ¿Qué queda de él? «La rosa ha vivido el tiempo de las rosas, apenas una mañana».

Si la muerte es tan lógica para el hombre como la caída de los pétalos de una rosa, ¿de dónde ese horror instintivo que nos inspira, y cómo explicar ese extraño deseo de inmortalidad, que es para nosotros como una segunda naturaleza?

Existen las realidades invisibles

El hombre no se reduce a lo que de él vemos. Sabemos que posee una potencia de la que carecen los animales: una inteligencia bien real y original, capaz no sólo de construir, sino de *reflexionar e inventar*. Esta inteligencia creadora escapa al mundo de los sentidos, no tiene olor ni gusto ni color. Es *capaz de ideas*, como la justicia, el bien y el honor, que están más allá del mundo material.

Sería precipitado que, por no ver el espíritu en acción tras la muerte, afirmáramos que ha dejado de existir.

Si durante un concierto de piano, a causa de un accidente, el instrumento quedara destruido, el concierto quedaría interrumpido, pero no podríamos deducir de eso la aniquilación del pianista.

El espíritu no se descompone

La *desaparición* del cuerpo es consecuencia de su *descomposición*. La sangre se derrama, la piel se deshace. Pero la inteligencia es simple, consciente e intangible. No es fácil entender cómo pueda descomponerse y desaparecer.

Además, nuestro espíritu *domina el tiempo*: la tabla de multiplicar es tan verdad hoy como hace veinte siglos y como lo será el año que viene. Si estamos habitados por una realidad que trasciende y domina el tiempo ¿cómo podremos ser completamente dominados y aniquilados por él el día de nuestra muerte? Esto es lo que ya presentían los primeros hombres cuando enterraban a sus muertos con ritos funerarios.

Un hecho único en la historia: ¡Cristo ha resucitado!

El cristiano tiene *la certeza de la supervivencia* como consecuencia de un hecho histórico sin precedentes: *la resurrección de Cristo*. Ya no se pone en duda la existencia y la muerte de Cristo. *Contra lo que esperaban sus discípulos*, Jesús se les apareció después de su muerte en varias ocasiones y en circunstancias muy diferentes.

Se aparece a las mujeres que acudieron a su tumba en el amanecer de la Pascua. Los apóstoles calificaron de desatinos sus testimonios, pero también ellos vendrán a ser testigos de sus apariciones entre los discípulos, en el cenáculo. Allí Jesús, para probarles que no se trata de un fantasma, les pide algo de comer. Tomás, ausente, se muestra

incrédulo; pero finalmente habrá de rendirse a la evidencia.

Pablo de Tarso va a combatir la impostura de la resurrección, tratando de recuperar a los judíos recientemente convertidos. Pero en el camino de Damasco se verá sacudido por una revelación extraordinaria. Se convierte, y anuncia la resurrección de Cristo, de la que va a hacer el centro de su predicación. «Si los muertos no resucitan, ni Cristo resucitó... comamos y bebamos, que mañana moriremos» (1Co 15,16.32).

Los apóstoles y Pablo aceptaron ser decapitados no solo por afirmar una doctrina, sino por mantener la verdad de *un hecho*: que Cristo vive. «Yo creo en el testimonio de los que, por afirmarlo, se dejan cortar la cabeza» (Pascal).

• «*Las almas de los justos están en manos de Dios... ¿Muerte, donde está tu victoria?*»
(Sab 3,1; 1Co 15,55).

5. ¿Cómo explicar el mundo y el universo?

La historia del universo es un enigma apasionante, que los investigadores se esfuerzan en descifrar. Según una reciente teoría, el universo debió comenzar hace unos 12.000 millones de años con una gran explosión... cuyos efectos duran todavía: se trata de *la teoría del universo en expansión*.

La tierra, con el sistema solar, dataría de 4.600 millones de años. La vida iría apareciendo en sucesivos impulsos con seres cada vez más complejos. Tras las primeras algas azules, de hace 3.700 millones de años, se llega hasta los primates, de hace 2 millones de años, que serían los antepasados inmediatos del hombre. Es *la teoría de la evolución*.

Más allá de la ciencia

La ciencia trata así de describir la historia del mundo y de la vida. Se esfuerza en explicar el *cómo* de su aparición. Podríamos conformarnos con este logro; pero el espíritu es audaz y trata de ir más lejos en su investigación, y se adentra en el campo de la filosofía, palabra que no debe asustar. Filosofía significa simplemente el sentido común, el recto criterio que investiga el *porqué* de las cosas.

Los progresos de la ciencia en el siglo XIX han llevado a creer que el hombre llegaría por sí solo a obtener una completa explicación de la existencia. Sin embargo, cuanto más progresa la ciencia, *más crecen los interrogantes sin respuesta*, y nuestra inteligencia descubre en la contemplación del mundo y del universo las huellas de *otra inteligencia misteriosa y superior* actuante. Basta abrir los ojos para llenarse de admiración ante la habilidad de las abejas o ante esa pequeña araña que habita en el agua con una campana de buzo que se ha fabricado ella misma. Cuando uno mira a través del microscopio o del telescopio, *el mundo aparece como repleto de inteligencia*, como un árbol

llo de savia en primavera.

La teoría de la evolución, lejos de oponerse a la existencia de una inteligencia superior, la exige claramente. Cada etapa de esta evolución se nos muestra como *el desarrollo de un programa* preestablecido. Y así como el funcionamiento de una lavadora nos remite a la existencia de una inteligencia que la ha programado, la evolución del mundo nos remite también sin duda a una inteligencia que ordena el tiempo y la forma de su desarrollo.

Esta misteriosa inteligencia tiene la particularidad de que *solo se muestra a nosotros a través de sus huellas*, como un perfume que nos envuelve sin que lleguemos a saber de dónde procede, o como unas pisadas sobre la nieve, que están dando testimonio del paso de aquel cuya identidad no somos capaces de precisar.

En el fondo de nosotros mismos

Esta misteriosa fuerza actuante la captamos también *en nuestro mismo interior*, en nuestra inteligencia y en nuestra voluntad, bajo la forma de una atracción hacia la verdad y hacia el bien. Esta fuerza se nos impone aun en el caso de que intentemos resistirla: no podemos pensar que 2 y 2 son 5 o que el mal y el bien son lo mismo.

La atracción de la Verdad y el gusto por el Bien va acompañada en nosotros de *sentimientos de libertad y de dignidad*, experimentados y percibidos con gran fuerza por nuestros contemporáneos. Y estas realidades interiores nos remiten a su vez a un *absoluto*

capaz de justificarlos.

La misteriosa inteligencia que construye el mundo y que nos construye desde dentro, esa fuerza del bien que invocamos para reclamar nuestros derechos y que fundamenta a la vez nuestros deberes, tiene una consistencia real. A esta realidad hay que darle un nombre, se le llama DIOS.

• «*En el principio estaba el Verbo y el Verbo era Dios... Todo fue hecho por Él y sin Él nada se hizo*» (Jn 1,1-2).

6. ¿Qué puede pensarse de una explicación del mundo por el azar y la necesidad?

A primera vista parece que el asunto está bien planteado. Necesidad y azar parecer estar presentes en el mundo que nos rodea, de una parte en las leyes naturales que rigen a los seres, de otra en la manera fortuita en que se suceden los acontecimientos a lo largo de la historia. Pero veamos las cosas más de cerca.

¿Podemos explicarlo todo por la intervención del azar?

Azar es una palabra procedente del árabe que designa el juego de los dados. El ciego azar se opone a la inteligencia lúcida. Para afirmar el azar es necesaria una inteligencia. ¿Pero *de dónde procede nuestra inteligencia lúcida* capaz de definir y precisar el ciego azar? Del azar, sin duda, no proce-

de, puesto que éste es ciego. No puede proceder más que de otra inteligencia superior, como la chispa que salta de una gran hoguera.

Ciertamente el azar puede responder excepcionalmente a *un orden pasajero* —por ejemplo, «he ganado en la lotería»—, pero no puede explicar una armonía general y permanente, como la que nos encontramos en el mundo, en nuestro propio cuerpo o en nuestro espíritu.

Si desmontamos un reloj despertador y lo metemos en una cazuela, por mucho que removamos largamente, jamás lograremos reconstruirlo de nuevo.

¿Basta la necesidad para explicar el origen del mundo?

La *necesidad*, por su parte, —la de una ley física, por ejemplo— hace pensar en un comportamiento ineludible, que se deriva de la propia naturaleza de las cosas. Por ejemplo, dos masas, puestas una frente a otra, se atraen recíprocamente: es la ley de atracción universal. Es cierto; pero dejamos sin explicar por qué los cuerpos experimentan esta mutua atracción. La necesidad explica ese comportamiento de las cosas entre sí, pero el asunto no queda en absoluto explicado para el espíritu. La necesidad *comprueba* un orden, pero no lo *fundamenta*. Explica los hechos con otros hechos, pero no alcanza a descifrar el porqué de esta secuencia.

La necesidad no explica *el porqué de los seres*. ¿Por qué estos conjuntos de átomos que están ante mí existen y se atraen al mismo tiempo? ¿Cuál es el

porqué de mí mismo, que los observo, siendo yo claramente consciente de que no soy necesario, pues hace algunos años ni existía?

Existe además una realidad moral en la que la necesidad no halla absolutamente lugar alguno: se trata de nuestra *libertad* que, por mínima que sea, es justo lo contrario de toda necesidad física. Aquí tropezamos una vez más con la originalidad del espíritu, del que nos vemos obligados a buscar el origen y la explicación (Rm 1,20).

• «No temáis... Hasta vuestros cabellos están contados»
(Mt 1,28-30).

7. ¿De dónde viene la idea de Dios?

No es suficiente negar a Dios sin más. Hay que explicar por qué y cómo esta idea puede nacer en el corazón de un hombre.

Habitualmente el ateo considera la idea de Dios como la proyección de sí mismo o de la imagen del Padre en el infinito: *una invención del hombre* inseguro, que recurre a la ficción del guardián del orden establecido; una ilusión, una alienación, un rechazo a aceptar el estado adulto, el opio del pueblo...

Y, de hecho, no falta alguna *concepción perezosa y alienante de Dios* y de la religión, que tiende a descargarnos pura y simplemente de nuestras responsabilidades a beneficio de Dios. Los avances de la ciencia ponen en eviden-

cia con toda razón esta visión de Dios como *un motor auxiliar del hombre*: «el riego moderno ha reemplazado las rogativas».

Pero el Dios verdadero, lejos de una ortopedia para el hombre, es por lo contrario el fundamento de su realidad: «Dios no es Dios de muertos, sino de vivos», dice Jesús (Mt 22,32). Y desde este punto de vista no se puede mantener la objeción de Sartre: «Si el hombre es libre, Dios no existe».

Para un cristiano, Dios no es un competidor. Por el contrario, Dios es el manantial misterioso y el garante de todo, y en particular, de nuestra misma libertad.

Ya es sabida la ocurrencia de Voltaire: «Dios ha hecho al hombre a su imagen y le ha salido respondón». Pero, si tenemos en cuenta las observaciones anteriores, ¿cómo podría ser de otro modo?

Para hablar de Dios el hombre solo dispone de palabras humanas. ¿Esto significa que la idea de Dios es pura creación de la mente humana y que, por tanto, no tiene existencia fuera de ella? ¿Cómo explicar entonces no solamente el instinto de búsqueda ilimitada, sino también *la necesidad de infinito de un ser finito, en un mundo determinado*, que, según algunos, se basta a sí mismo?

¿De dónde puede surgir la idea de Dios si no es de *una realidad de otro orden*, de una realidad infinita, que es su fuente, es decir, si no es de Dios mismo?

El hombre sobrepasa su propia condición: «Nos has hecho para Ti, Señor; y nuestro corazón no descansará hasta que repose en Ti» (San Agustín)

- «*Tu luz nos hace ver la luz*» (Sal 35,10).

8. ¿Ante los males del mundo, cómo afirmar que Dios existe?

La pérdida de un ser querido, el hundimiento de un amor, las agresiones a nuestra persona física o moral, parecen cuestionar las certezas más elementales. Ante tales heridas y sufrimientos nos sentimos desamparados e impotentes. ¿Podemos seguir creyendo que Dios existe?

El mal es un *desorden* que trastorna el orden debido: por ejemplo, un accidente de coche provocado por el alcoholismo de un conductor ebrio.

Comprobamos aquí cómo muchos males provienen de un uso malo de nuestra libertad. Pero la libertad es en sí misma un bien, ya que nos permite elegir el bien no en forma automática, sino con conocimiento de causa.

Pero vengamos ahora al caso de un niño que nace enfermo. A primera vista se puede pensar que tal realidad de-

muestra la inexistencia de un ser perfecto que obra en el mundo. Sin embargo, ¿cómo explicar entonces *las innumerables y variadas huellas de una inteligencia superior en el universo?*

Por el contrario, si esta inteligencia existe, como es innegable, es de *una naturaleza muy superior a nuestro pequeño cerebro.*

Hay cosas que nos hundan en el desconcierto. Vemos el mundo como el envés de un tapiz. Solo vemos un barullo incoherente de líneas y colores. Habría que estar en el lugar de quien realiza la tarea para, viéndola al derecho, poder apreciar la armonía de la labor.

La perspectiva de una *vida futura* y la resurrección de los cuerpos, viene aquí a esclarecer el ejemplo anterior, desdramatizando las circunstancias del niño enfermo. Se trata, en efecto, de su primer nacimiento. Su segundo nacimiento, el definitivo, será cuando resucite después de la muerte.

«Pienso —dice San Pablo— que los sufrimientos del tiempo presente no guardan proporción con la gloria que ha de manifestarse en nosotros» (Rm 8,18). Y San Juan, recordando conversaciones con Jesús nos dice: «La mujer, cuando da a luz, está triste porque le ha llegado su hora; pero cuando el niño le ha nacido, ya no se acuerda del sufrimiento por el gozo de que ha nacido un hombre en el mundo» (Jn 16,21).

Si el sufrimiento *pasajero* del inocente nos resulta un *misterio*, sabemos, sin embargo, que Dios mismo cargó con este sufrimiento a Jesucristo. A través del sufrimiento el cristiano se une ya

ahora a su Señor, antes del encuentro definitivo en la gloria.

Podemos ilustrar estas reflexiones señalando recientes conversiones, como las de Frossard o de Clavel e, y de otras mucho más numerosas al otro lado del telón de acero, donde parece que hoy las personas están descubriendo a Dios algo así como se coge un virus.

Así pues, en la presencia del mal, el no creyente tiene en cuenta solamente *una parte de la realidad*: la negativa; mientras que el creyente toma en cuenta *el todo*: lo positivo y lo negativo, orden y desorden, bien y mal.

• «No te dejes vencer por el mal... Yo he vencido al mundo»
(Rm 12,21; Jn 16,33)

9. ¿Quién es Dios?

Solo Dios puede hablar bien de Dios.

En relación a Él, nosotros somos un poco como esas pelotitas que se ven en las ferias, sostenidas por un chorro que las mantiene en equilibrio. «Dios da a todos la vida, el aliento y todo... En Él vivimos, nos movemos y existimos» (Hch 17,25.28).

La única certeza que podemos manifestar acerca de Dios es que Él existe como una presencia inefable, una energía a la vez misteriosa, prodigiosa e inteligente, continuamente actuante sobre el mundo, que nos piensa y nos produce a cada instante, porque nosotros no somos el origen de nosotros mismos, como tampoco nuestros antepasados

eran origen de sí mismos...

No es lo mismo hacer un pastel o construir una casa que dar la vida a un hijo. Esta tarea requiere una fuerza que nos sobrepasa y que nos es transferida.

Todo lo que podemos añadir es que somos atraídos por *una sed de verdad y bien que se nos impone íntimamente* y ante la que toda resistencia es vana. Esta corriente de inteligencia, de amor a la verdad y al bien, tiene su origen necesariamente fuera de nosotros.

Es preciso *hallar en esta fuente* en estado concentrado, en un grado superior, aquello que hallamos en este flujo que somos, es decir: una inteligencia, un amor a la verdad y al bien, en una palabra, *una persona*. Pero esta fuente, por su misma naturaleza, permanece misteriosa para nosotros, pues ella es el continente y nosotros solo una partecita del contenido.

Dios desborda necesariamente nuestra inteligencia, como el mar desborda el pozalito del niño que en la playa quiere recogerlo (San Agustín).

Dios es infinitamente Otro. Solo podemos captarlo dejándonos captar por Él, o sea adorándolo. No se manifiesta y revela en nuestra conciencia sino cuando nos sujetamos a su voluntad y hacemos a Él la entrega de nosotros mismos.

«Oh tú, el más allá de todo,
¿cómo darte otro Nombre?»
(San Gregorio Nazianceno).

• «Yo soy El que soy»
(Ex 3,14; Rom 11,34).

10. ¿Nos dan los Evangelios la verdadera imagen de Jesús?

Se dice a veces que los escritos evangélicos son simplemente el reflejo de la fe de las comunidades cristianas primitivas, y así se viene a contraponer el «Cristo de la fe» y el «Cristo de la historia».

Es verdad que *los evangelios no son libros de historia en el sentido actual del término*. Cada uno de los autores ha escogido entre los hechos y las palabras de Jesús aquello que más convenía a los destinatarios previstos, y ha dispuesto de esos elementos en función del mensaje que quería transmitir. En este sentido, si la historia moderna puede compararse a una *fotografía*, podría decirse que los evangelios son *cuadros de maestros* de la pintura, y que lleva cada uno la marca propia de su autor.

También sería excesivo rechazar su valor histórico. Lucas declara al principio de su relato que se ha «*informado con toda exactitud con la ayuda de los testigos oculares*» de los hechos que relata. Y no olvidemos que en aquella época, escasa en testimonios escritos, las *tradiciones orales* eran de una precisión que somos incapaces de imaginar hoy en día.

En el caso de las palabras de un *rabbi*, era normal que los discípulos las memorizaran con meticulosa precisión, incluso cuando *ellos mismos no entendían su sentido*. Por otra parte,

así es como Jesús dio su enseñanza: «Os he dicho estas cosas mientras permanezco entre vosotros; pero el Abogado, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, ése os hará *entender* todo y os traerá a la *memoria* todo lo que yo os he dicho» (Jn 14,26).

En la transfiguración, por ejemplo, vemos cómo Pedro, Santiago y Juan se preguntan confusos «qué quiere decir eso de resucitar de entre los muertos», un poco como en el caso de Bernardette, cuando va a ver al párroco repitiendo por el camino los términos «Inmaculada Concepción», cuyo significado no entendía.

Por otra parte, es de señalar que las divergencias en los detalles propios de cada evangelista no hacen sino subrayar *su acuerdo en lo esencial*. De ahí resulta que la persona de Jesús esté retratada con una nitidez que en modo alguno podría explicarse por una mixtificación, consciente o no, de los evangelistas.

¿Podemos, pues, decir que los evangelios nos ofrecen el verdadero rostro de Jesús? La única respuesta aceptable a esta pregunta es lo que espontáneamente piensa aquel que lee los Evangelios: a través de los temperamentos propios y de los rasgos peculiares de sus comunidades respectivas, los evangelistas nos ponen *en la presencia de una personalidad histórica de primera magnitud*.

• «*Lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que nuestras manos han tocado del Verbo de vida... eso os lo anunciamos*»
(1Juan 1,1-3).

11. ¿Quién es Dios para Jesucristo?

Observando orar a Jesús —por la mañana, muy temprano, al final de la tarde—, se le escucha hablar con autoridad de su intimidad con Dios: «mi Padre y Yo somos uno». Viéndole hacer milagros, grandiosos a veces, como la resurrección de Lázaro, los apóstoles sentían que Jesús tenía una visión de Dios de la que ellos carecían.

Jesucristo es como un *periscopio*, que se asoma al misterio de Dios y habla de Él con competencia. ¿Quién es Dios para Jesús? Dios es el Todopoderoso: «ni un cabello cae sin su permiso». Es un Artista: «viste maravillosamente los lirios del campo». Pero esas perspectivas no acaban de mostrar la verdadera fisonomía de Dios. Ante todo Dios es un Padre: recuérdese la parábola del hijo pródigo.

Juan resume el pensamiento del Maestro: «*Dios es Amor*» (1Jn 4,8). Esta afirmación está lejos de ser evidente, porque si en la creación está presente la belleza y la excelencia de muchas cosas, también forman parte de ella la enfermedad, la muerte, la guerra, el pecado. Pese a ello, Jesús mantiene su afirmación: *Dios es un Padre*, fuente de amor y vida. Y persiste en esa afirmación en el mismo momento de la cruz, cuando todo parece decir lo contrario: «Padre, en tus manos encomiendo mi

espíritu», «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen». Y aún más: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?», las palabras iniciales de un salmo de confianza.

Pero esta conmovedora afirmación no fue suficiente para los apóstoles. Lo que realmente les ha confirmado en la fe es la *resurrección* de Cristo, que han entendido como *la firma de Dios al fin de su mensaje*.

Nuestra fe se apoya ahora en la de los apóstoles, y la de éstos en la resurrección de Cristo, que nos permite asegurar con absoluta firmeza: «Dios es amor», *aunque no siempre podamos comprender nosotros cómo nos ama*.

«Jesús no ha venido a explicarnos el sufrimiento, sino a llenarlo de su presencia» (Claudel). Jesús ha hecho de su cruz una fuente de amor, que nos permite obrar como Él obró.

• «*Nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar*»
(Mt 11,27).

12. ¿Quién es Jesús?

«¿Quién decís que soy yo?», pregunta Jesús a sus discípulos (Mt 16,15).

Jesús aparece como un testigo privilegiado de Dios. Pero todavía más que eso: *Él se dice igual a Dios*. Algunas de sus afirmaciones no ofrecen dudas: «Se os ha dicho [Moisés]... Yo os digo» (Mt 5,27-28). Jesús se considera, al menos, en plano de igualdad con Moisés.

«Antes que Abraham naciese, ya existía yo»... (Jn 8,58). Está claro que Jesús se hace igual a Dios.

Sus adversarios lo entienden perfectamente: «No te vamos a apedrear por tus buenas obras, sino porque blasfemas, porque tú, siendo un hombre, te haces Dios» (Jn 10,33).

Para Jesús hubiera sido muy fácil desahacer el malentendido. Pero, por el contrario, lo que hace es afirmar lo mismo: «Yo soy la luz del mundo, el Hijo de Dios vivo» (Jn 9,5; Mt 26,63). Son estas afirmaciones lo que le llevan a ser condenado a muerte.

Esa autoafirmación de Jesús como Dios admite *tres explicaciones posibles*. O bien *se equivoca* («está loco»), o bien *nos engaña*, o si no, es que nos *dice la verdad*. Sólo la tercera hipótesis se muestra conforme a la realidad. En opinión de las más altas personalidades morales, como es el caso de Gandhi, Jesús es una de las cumbres del género humano; lo es por su sabiduría: «Nadie ha hablado jamás como este hombre» (Jn 7,46); lo es por su santidad: «¿Quién de vosotros puede probar que soy pecador?» (Jn 8,46).

De pronto descubrimos un *nuevo rostro de Dios*. Dios es *único, pero no solitario*. *Él* por amor nos da a su *Hijo*, y éste por amor nos da su vida en su *Espíritu*.

Y de esta manera penetramos en la intimidad de Dios: es lo que llamamos el misterio de la Santísima Trinidad.

• «*Tú eres Cristo, el Hijo de Dios vivo*»
(Mt 16,16).

13. Si hay ateos mejores y más caritativos que los cristianos, ¿de qué nos sirve ser creyentes y cristianos?

Aparentemente de nada. Y de hecho, la fe es un asunto de verdad y no de utilidad. Pero al acercarnos más al concepto de la fe, observamos que desde ella se enfrentan con un profundo sentido preguntas como: «¿por qué la vida? ¿por qué la muerte?» Son preguntas que la mayoría de los ateos confiesa no saber responder. La fe da un sentido a nuestra vida y nos ayuda a darle forma.

Llegados a este punto, conviene hacer algunas consideraciones:

1.– Ser cristiano es una condición *no fácil* de vivir con coherencia; se espera mucho de nosotros, y eso es un elogio.

2.– Algunos ateos son *buenos con sus amigos*; pero Jesucristo nos impulsa a llevar esta bondad hasta el heroísmo. La caridad, en el mandato de Jesús, no tiene fronteras –recordemos la parábola del buen Samaritano–. Por eso dice a sus discípulos: «si solo amáis a los que os aman... ¿qué hacéis de más? ¿No hacen eso también los paganos?» (Mt 5,46-47). Católico quiere decir abierto a todos.

3.– Es cierto que hay no creyentes que *anteponen el amor a los demás*,

cualesquiera que sean, por encima de todo, por lo menos en algunos momentos de sus vidas. Ahora bien,

–en ese caso, hay que decir que *son creyentes*, puesto que creen en algo invisible, el amor, algo que tiene más valor que todo lo que se puede ver y tocar.

–este hecho prueba al creyente que *el Espíritu actúa más allá de los límites visibles de la Iglesia*. El sentido superior del amor pervive más allá de los límites de la Iglesia y del conocimiento de la misma. El empeño de misioneros y apóstoles, justamente, parte de esta fe en la acción secreta de Dios en el corazón de los hombres. Éstos, por la acción evangelizadora, han de llegar a conocer y a vivir plenamente lo que ya están viviendo en alguna medida.

4.– Pero es una lástima que estos «incrédulos» no sean cristianos.

–porque así tendrían más coraje para luchar, al saber que están construyendo *un reino que no pasará*; se llevarán una sorpresa cuando un día lleguen a descubrirlo.

–además, cuando sufrieran agotamientos, desánimos, podrían reafirmarse en un amor pleno apoyándose en la fuerza del amor de Cristo por la oración y los sacramentos, a ejemplo de los santos.

«En un principio descubrí que el hombre está hecho para amar; pero me quedaba por saber que el hombre no es el Amor y que ha de sacar el Amor de su fuente» (Jacques Lebreton).

Queda por observar que hay, y en mil

versiones, *gigantes de la santidad* – Francisco de Asís y Vicente de Paul, un Padre de Foucauld o un Maximiliano Kolbe, Teresa de Jesús o Teresa del Niño Jesús–, cuya talla moral es *un desaffio histórico ante el que ha de inclinarse el ateo*.

- «Si conocieras el don de Dios» (Jn 4,10).

14. ¿Qué es la fe?

El Evangelio nos señala los *tres rasgos esenciales* de la fe:

1º La fe es *un don de Dios* que se consigue *por la oración*. Esta es *necesaria*. Las cuestiones científicas hay que abordarlas científicamente, y las realidades religiosas de modo religioso. Si Dios es una persona, no es posible forzar su voluntad. No hay aquí contradicción alguna. Basta decirle a Dios: «Si existes, Señor, haz que te conozca». Ésta fue la oración del Padre Foucauld antes de su conversión.

«Nadie viene a mí si mi Padre no lo atrae», dice Jesús (Jn 6,44.65).

2º La fe es *un acto razonable*. Antes de seguirle, Jesús propone que se reflexione con seriedad, como el que se dispone a construir una torre. El creyente debe tener *serias razones* y suficientes para creer. De ellas hemos hecho más arriba un inventario rápido y sumario.

3º La fe es un *acto libre*. Dios no viola las conciencias, porque la libertad es *la ley del Amor*. Jesús nos dice «si tu

quieres». La purificación del corazón nos pone en camino: «me dices que dejarías los placeres si encontraras la fe; pero yo te aseguro que encontrarás la fe si dejas los placeres» (Pascal).

“El que obra la verdad, viene a la luz” (Jn 3,21).

En materia religiosa, como en el amor, llega un momento en el que tendremos que decidir, y *nadie puede hacerlo en nuestro lugar*

La alegría de la fe

Sucede en nuestra relación con Dios como ocurre con una persona que viaja en el tren a nuestro lado. Podemos *tratarle como un mueble*, o bien podemos darle en nosotros existencia como persona, y como persona próxima. Resulta paradójico que Aquel que nos da la vida y la existencia en cada instante quiere que nosotros tengamos también la alegría de *hacerle existir en nuestras vidas por la fe*.

La reciprocidad es la clave íntima del amor. Humildad de Dios.

Por eso Dios no es el gran ausente. Él es, precisamente, «el corazón de nuestras vidas, el que nos hace vivir».

A su luz el mundo se hace *transparente y fraternal*, como lo expresa el cántico al Hermano Sol de San Francisco de Asís. El universo entonces se transforma en *vínculo de comunión*: «Una renuncia dulce y total », dice Pascal. Y en nuestras cruces, también en aquella de la duda –porque la fe no es una evidencia, es siempre una lucha, el combate del amor–, otro, a partir de entonces, reza en nosotros: el Espíritu

de Jesús.

«Padre mío, me abandono a ti, dispón de mí. Te daré gracias por cualquier cosa que de mí dispongas. Estoy pronto a todo, lo acepto todo. No deseo nada, sino que tu voluntad se haga en mí y en todas tus criaturas, Dios mío.

«Pongo mi alma entre tus manos, te la entrego, Dios mío, con todo el amor de mi corazón, porque te amo y este amor poner en mí la necesidad de entregarme a ti, sin medida, con una infinita confianza. Porque eres mi Padre» (Ch.de Foucauld).

- «Señor, ven en ayuda de mi incredulidad»
(Mc 9,24)

15. ¿Todas las religiones son iguales?

Puede uno caer en la tentación de pensar así. ¿No es la sinceridad lo que cuenta en definitiva ante los ojos de Dios?

Y de hecho, si la religión es esencialmente *el esfuerzo del hombre por encontrar a Dios*, en la medida en que este esfuerzo se lleve a cabo con sinceridad, debe ser grato a los ojos de Dios y, por extensión, también le serán gratas aquellas religiones surgidas en otros tiempos y culturas, pero llevadas

por un mismo deseo de búsqueda.

Sin embargo, el valor de una religión no debe medirse solamente por la sinceridad de su fundador o de sus adeptos. *Se puede ser sincero en el error*, basta con tener una información mala o insuficiente. Hace falta, pues, saber si Dios mismo, por su parte, no ha *revelado* un medio privilegiado para encontrarle. Esto pertenece ya al ámbito de la libre iniciativa de Dios que, cuando se manifiesta, tiene como contrapartida, del lado del hombre, *la fe*.

No se puede negar la posibilidad de que Dios tome una iniciativa de esta naturaleza. *La revelación es posible*. Y si Dios se revela, no puede contradecir su propio mensaje. Su revelación, si se ha producido, ha de ser coherente consigo misma. En otras palabras, *no es posible que existan varias religiones auténticamente reveladas por Dios*.

Por tanto, admitiendo que, en principio, toda religión conlleva elementos de verdad en su credo, no puede ser éste, sin embargo, plenamente convincente más que en la medida en que se adhiera exactamente a la voluntad de Dios, claramente expresada por el mismo Dios.

Para el cristiano *estos signos de la revelación existen*, y se hallan en la milagrosa persona de Jesús, tal como nos la transmiten los evangelistas en el relato que hacen de su paso por la tierra y de su resurrección (cf. n° 4 y n° 12).

- «En esto está la vida eterna, en que te conozcan a Ti, el único Dios verdadero, y al que has enviado, Jesucristo»
(Jn 17,3)

16. Una nota sobre los milagros

El milagro es un hecho prodigioso que atrae nuestra atención e invita a ver en él una intervención extraordinaria de Dios, una señal que da autenticidad a un mensaje espiritual.

Los milagros que se relatan en los evangelios son para nosotros *motivos de fe*, lo mismo que lo fueron para los contemporáneos de Cristo. Felizmente, podemos contar en nuestros días con tales prodigios que confortan nuestra esperanza. Véanse los milagros de Lourdes.

Citaremos un caso, el de Pierre Rudder, leñador belga. En 1867, en un accidente laboral, se fractura la pierna izquierda, tibia y peroné hasta la rodilla. Durante 8 años, la herida, siempre abierta, supura y desprende un hedor insoportable. Los extremos del hueso asomaban por ella su fuerte necrosis. El 7 de abril de 1875 se le da a beber un poco de agua del manantial de Lourdes... Invoca a Nuestra Señora de Lourdes, se incorpora, camina y sana instantáneamente. No solo las llagas quedan cicatrizadas, sino que los huesos aparecen soldados. Ha habido, pues, creación instantánea de materia, constatada por los médicos y reconocida por la Oficina Médica de Lourdes.

El milagro no puede tomarse —y me nos hoy que en tiempo de Jesús— como una coacción a la libertad personal.

Emilio Zola y el Profesor Alexis Carrel fueron ambos testigos de sendos milagros en Lourdes. El primero no vio en aquello la intervención sobrenatural, y en cambio el otro se convirtió. «Los sencillos sienten a Dios con la naturalidad que perciben el calor del sol o el perfume de una flor. Pero ese Dios, abierto a aquel que sabe amar, permanece en silencio para el que no sabe más que comprender» (A. Carrel, premio Nobel de medicina).

«*Si no me creéis, creed en mis obras*»
(Jn 10,38)

16 bis. ¿De dónde proviene el mal? ¿Por qué a mí?

Si Dios es amor, el mal no puede proceder de Él. Hemos visto más arriba que algunos males tienen su origen en el mal uso de nuestra libertad. La fe nos invita a profundizar en el asunto. La presencia del mal en el mundo es imputable a la primera pareja; se trata del *pecado original*, pecado personal de nuestros primeros padres y tara de la humanidad. «Si el hombre es inconcebible sin este misterio, más inconcebible es este misterio para el hombre» (Pascal).

La hipótesis evolucionista de la creación, de la que ya hablamos, no es, aunque pueda parecerlo, incompatible con este hecho. Basta distinguir entre inteligencia y cultura. El primer hombre podría ser inculto pero no falto de inteligencia.

La primera pareja humana, sea uno u otro el modo de su aparición, procede de Dios y, por tanto, es necesariamente *inmaculada*. Enraizada desde lo más íntimo en Dios, es plenamente consciente de sus deberes. Pero hace falta que lo reconozca, porque el amor exige reciprocidad. Es preciso, por tanto, que renuncie a una autonomía absoluta. Por el contrario, consciente de su superioridad sobre todo lo creado, se niega a hacerlo. Éste es el sentido de los textos sagrados que nos hablan del primer pecado, desde el Génesis hasta San Pablo en la carta a los Romanos (Gén 3; Rom 5).

Como un árbol arrancado de sus raíces, la primera pareja *se autoexcluye de lo mejor de la energía divina*. No amando a Dios como Él lo merece, no podrá amar a los otros y a sí mismo con la pureza y la plenitud del amor divino: es *la concupiscencia*. Intelectualmente su espíritu se ha oscurecido: es *la ignorancia*. Físicamente, su cuerpo también sufre las consecuencias: es *el sufrimiento y la muerte*. «Por el pecado entra la muerte en el mundo» (Rm 5,12). Esta muerte no era inherente a la finitud humana: la experiencia de los místicos nos enseña que una vida de unión con Dios permite al hombre franquear las leyes biológicas. Marta Robin, por ejemplo, en el siglo XX, ha vivido más de 50 años sin comer ni beber. Cabría preguntarse si el primer hombre profundamente unido a Dios no hubiera sido capaz de prever y controlar las mismas catástrofes naturales (cf. Mc 4,39-41; Mt 21,21).

Pero hay más. Puesto que la primera

pareja lleva consigo *el capital genético de toda la humanidad*, sólo puede transmitir lo que posee, es decir, un patrimonio en parte estropeado. El principio de *la solidaridad* preside la creación bajo la fórmula de las leyes de la herencia.

De ahí que el mal no sea necesariamente la consecuencia de una falta cometida por la persona que lo sufre: «¿qué le he hecho yo a Dios?», sino el resultado global del pecado de nuestros primeros padres y del pecado del mundo. Esa misma cuestión se le propuso a Jesús, y se puede leer su contestación con provecho en Lucas 13,4-5.

A esto, en fin, hay que añadir que a este primer pecado *la humanidad ha sido inducida por un espíritu superior*. Es lo que dice Jesús refiriéndose al demonio, «que es homicida desde el principio» (Jn 8,44).

Felizmente *un nuevo Adán y una nueva Eva*, Jesús y María, nos han sido dados para *una restauración perfecta del plan de Dios*. Jesús acepta tomar sobre sí el pecado del mundo, y por su obediencia perfecta lo reduce a cenizas en *el fuego de su amor sobre la cruz*. Él nos hace capaces de reconocernos pecadores y de confiarle todas nuestras miserias. De nuevo enraizados en Dios por Cristo, participamos ahora en su Potencia, en su Santidad, en la redención del mundo y en la gloria de su resurrección.

- «Allí donde abundó el pecado sobreabundó la gracia» (Rm 5,20)

II. ALGUNOS PUNTOS ESENCIALES

17. ¿Qué hay que pensar de la Biblia ?

La Biblia no es solamente un libro, es *una verdadera biblioteca* constituida por 73 obras de distinto género: crónicas, discursos, fábulas, poesías... que se fueron componiendo a lo largo de *varios siglos*, desde el siglo XII antes de Cristo hasta un siglo después de su ascensión al cielo.

Para entender bien el contenido de la Biblia, hay que tomarla como el acervo común de *todo un pueblo*, que la aceptó y conservó como patrimonio propio, y no solamente como textos individuales de ciertos escritores.

¿Por qué consideramos a la Biblia como palabra de Dios?

Para los creyentes la Biblia sobrepasa con mucho su valor documental. Ella es *un mensaje de Dios a la humanidad de todos los tiempos*, un reflejo de su presencia e intervención en la historia del hombre.

Esto supone una presencia de Dios en tres niveles: el de los hechos reales (*creación*, providencia, milagros), el de la interpretación de esa presencia (*inspiración*, es decir, asistencia especial) y el de aquéllos que reciben el mensaje

y reconocen en él su origen divino (*fe-Magisterio*).

De ahí que la Biblia se nos presente como una realización colectiva, *vivida y hablada antes de ser escrita*, inscrita en la tradición de un pueblo de creyentes, que avanza por la historia iluminado por el Espíritu de Dios.

Esto explica *la originalidad* de su estructura, tanto en el Antiguo Testamento —antes de Cristo— como en el Nuevo —después de Cristo—.

¿Cómo se manifiesta el origen divino de la Biblia?

Sorprende *la libertad* con que se han elaborado los libros del *Antiguo Testamento* y cómo, pese a la convivencia con pueblos de su entorno, entre mitos y costumbres diversos, el pueblo hebreo ha sabido preservar con *fuerza* su verdad, sin arredrarse ante corrientes de opinión contraria y presiones de todo género. Nos llega así nítida *la pura originalidad de su mensaje*; a saber, la existencia de un Dios único y su alianza gratuita con la humanidad.

Del mismo modo, resulta sorprendente la forma en que se ha configurado *el Nuevo Testamento*. La selección de los libros que lo constituyen deja de lado otros testimonios, que hoy llamamos evangelios apócrifos, relatos maravillosos de la vida de Jesús.

¿Porqué consideramos a la Biblia Palabra de Vida?

1.— *El misterio de la Biblia es indisociable del misterio del pueblo de Dios y de la Iglesia*. Ésta es la que ga-

rantiza su autenticidad. De ahí que la Biblia necesite de la Iglesia el *cauce natural* de su mensaje, y que en ella encuentre siempre su *intérprete* legítima.

«El que os escucha me escucha», dice Jesús a sus discípulos (Lc 10,16).

2.— Al mismo tiempo, *la fe cristiana* no puede quedar en una personal adhesión a Dios ilustrada por la lectura de la Biblia. La fe cristiana implica *entrar en una comunidad de creyentes: la Iglesia*. Creer es integrarse en la familia eclesial.

3.— La Biblia, al tener como objeto la formación moral y religiosa de la humanidad, no intenta dar *una enseñanza científica*. «La Biblia no enseña cómo va el cielo, sino cómo se va al cielo», decía San Agustín. En cuestiones históricas, por otro lado, la Escritura relata los acontecimientos según *géneros literarios* diversos. Se equivocaría, pues, quien exigiese de ella otras enseñanzas.

Comprendida y meditada a la luz de la fe, *la Biblia es palabra de Dios para los hombres de todos los tiempos*, desde las tribus primitivas hasta el mundo tecnificado de este siglo XXI que comienza.

• «No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios»
(Mt 4,4)

18. ¿Por qué la Iglesia?

«Cuando dos o tres se reúnen en mi nombre, allí estoy yo presente en medio de ellos» (Mt 28,30), ha dicho Jesús. Bossuet concluye: «la Iglesia es *Jesús extendido y comunicado*».

¿Cuántos de nuestros contemporáneos suscribirían este aserto? ¿No estamos viendo en estos días, por parte de algunos, un intento de enfrentar a Jesús con la Iglesia?

Sobre el episodio del camino de Damasco, San Pablo dirá más tarde: «yo perseguía a la Iglesia», pues Jesús le ha dicho: «¿por qué me persigues?» (Hch 9,4).

¿Cuál es el origen de la Iglesia?

La misión de Jesús no se agota en el anuncio del reino de Dios a sus contemporáneos. Él ha querido edificar una Iglesia que prosiga su misión a través de los siglos. No se trata de una sociedad anónima de ascensores individuales, que lleva a los hombres hacia Dios; se trata de *un pueblo*, de una comunidad, verdadera réplica –dentro de la historia humana– de la invisible *comunión* de las tres personas de la Santísima Trinidad; ésta es la comunión que es cauce, modelo y fin de la Iglesia. «Como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, a fin de que el mundo crea que tú me has enviado» (Jn 17,21). Así la Iglesia uni-

versal se nos presenta como un «pueblo que consigue su unidad de la unidad del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo» (San Cipriano).

¿Para que sirve la Iglesia?

La Iglesia, *esposa de Cristo*, tiene la misión de *servir al mundo*, invitando a la humanidad a estos esponsales, *para felicidad de los hombres y la gloria del Padre*, dos realidades inseparables.

San Ireneo dice de manera breve y densa: «La gloria de Dios es el hombre viviente en Dios».

¿Es la Iglesia una democracia?

Comunidad espiritual, y cuerpo místico de Cristo, la Iglesia es regida en *la corresponsabilidad y colegialidad* de sus miembros. Pero ello no es óbice para que al mismo tiempo se trate de una *institución jerárquica* fundada por su Señor.

Desde el principio, Jesús escoge sus doce apóstoles para que le ayuden a realizar su obra, y de entre ellos da un lugar especial a Simón, al que cambiará el nombre por el de Pedro, para significar claramente que él es *la roca* sobre la que edificará su Iglesia.

Dando a esta institución *una misión de alcance universal*, Jesús le otorga *una estructura de dimensiones históricas*: «Id y enseñad a todas las naciones... Yo estoy con vosotros hasta el fin de los tiempos» (Mt 28,19-20).

De esta manera los *ministerios o servicios* que ejercen los sacerdotes, los obispos y el Papa están dentro de las enseñanzas del Evangelio. Su tarea es

anunciar la buena nueva, dispensar los sacramentos y conducir al pueblo de Dios en su tránsito por la tierra.

¿Quién forma parte de la Iglesia?

La Iglesia puede ser comparada con un *iceberg*, signo visible de una realidad parcialmente invisible. La parte visible es *la institución*, la parte sumergida es *el reino* invisible, que necesariamente sobrepasa las fronteras sociológicas e históricas de la Iglesia; pero *todo es una sola cosa*. Y hay más, como dirá San Agustín: «No basta formar parte del *cuero* de la Iglesia para pertenecer a su *corazón*».

Cristo sí, pero la Iglesia no

Se objetarán, sin duda, las imperfecciones de que ha adolecido la Iglesia a lo largo de la historia, imperfecciones que la desfigurán y le impiden ser la pura transparencia del Dios Vivo.

Pero ya algunas parábolas de Jesús advertían de este drama, como la del trigo y la cizaña. Con todo, la historia nos enseña que *la Iglesia encuentra en las situaciones de crisis los antidotos* que le permiten recuperar la fidelidad a su vocación.

Tal es el milagro de la Iglesia que, después de veinte siglos, *a pesar de sus debilidades*, cumple y verifica experimentalmente la profecía de su fundador: «las potencias del infierno no prevalecerán contra ella» (Mt 16,18).

En nuestros días, una Madre Teresa o el mismo Juan Pablo II son testimonios de la *vitalidad* de la Iglesia y de su *fidelidad indefectible*. Y con ellos las religiosas, sacerdotes, laicos, niños,

jóvenes o adultos, que son entre nosotros signos vivientes de la Iglesia.

«Alabada sea la Madre sobre cuyas rodillas yo todo lo aprendí»
(Claudel)

• «Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia»
(Mt 16,18)

19. ¿Por qué la figura de la Virgen María?

Si tan poco espacio tiene María en el Evangelio ¿por qué la importancia que se le da en nuestra fe?

¿Qué dice de María la Escritura?

La Escritura, en efecto, es discreta al hablar de María; pero ciertos textos del Evangelio nos obligan a superar esa posible impresión. He ahí las palabras de Jesús a San Juan: «*Muchas cosas me quedan por decir*», pero ahora no seríais capaces de comprenderlas. Cuando venga el Espíritu de la verdad, él os hará entender todo» (Jn 16,12-13).

Los primeros cristianos conocen por dos diferentes tradiciones, sorprendentemente convergentes —la de Lucas y la de Mateo— el hecho de *la virginidad de María*. E intentan comprender el sentido de la salutación a la «favorita de Dios», la «llena de gracia», y el significado misterioso de su canto de re-

conocimiento: «El Señor hizo en mí maravillas». Maravillas en «la esclava» del Señor...

«Aquel que me sirva será honrado por mi Padre» (Jn 12,26). ¿Hasta qué punto ha honrado Dios a María? Lentamente la Iglesia, inspirada por el Espíritu Santo, ha examinado este hecho absolutamente único: *una maternidad responsable de dimensión divina*.

¿No fue María una mujer sencilla y humilde?

María es el único en que un hijo —¡y qué hijo! Dios mismo— ha podido no solo *escoger* a su madre, sino colmarla de *todas las cualidades necesarias para llevar a cabo su misión*.

Otros signos han confirmado esta realidad primera:

En Caná, es María la que provoca el primer milagro.

Al pie de la cruz, tal como nos la presenta San Juan, se manifiesta como *una realidad histórica y a la vez simbólica*.

María es *la nueva Eva* que permanece en pie frente al nuevo Adán, al servicio de una nueva creación. Aquí, mejor aún que en el Génesis, la nueva mujer procede del costado abierto del hombre nuevo. Gracias a él, a través de la persona de Juan, viene a hacerse «madre de todos los vivientes» (Gén 3,20).

Los pasajes del Evangelio que parecen mostrarla como una *simple servidora* dejan entrever al mismo tiempo que ella es *la imagen viva de su Hijo*,

«el Servidor»: «el Hijo del hombre ha venido no para ser servido, sino para servir» (Mt 20,28).

Así la Iglesia, *meditando la Escritura*, y avanzando de intuición en intuición, descubre y afirma la maternidad divina de María, su inmaculada concepción, su ascensión, y su papel maternal con la Iglesia.

¿Todo esto no parece poco verosímil?

Cierto, estas palabras son duras para quien quiere *reducir el misterio* de la Iglesia y el proyecto de Dios a *los simples límites de la sabiduría humana*. ¿Puede Dios conceder tal poder a los hombres y, concretamente, a una joven-cita?

Pablo lo ha dicho: «Dios ha elegido lo que a los ojos del mundo es locura para confundir a los sabios» (1Cor 1,27).

Al asomarnos al misterio de María, se nos abren perspectivas insospechadas sobre *la humildad de Dios*. Para penetraren ese misterio, es preciso aceptar las costumbres divinas. Entonces María ilumina el Evangelio y el Evangelio ilumina a María: «Yo te alabo Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado esto a los sabios y eruditos de la tierra y lo has revelado a los humildes» (Mt 11,25).

¿Por qué rezar a María?

Si observamos que en la Sagrada Escritura es frecuente recurrir a un hermano para que interceda ante el Señor (Hch 8,24), resulta *eminente bíblica* esta oración que la Iglesia Católi-

ca dirige a María.

«Alégrate, María, llena de gracia, el Señor está contigo. Tú eres bendita entre todas las mujeres y es bendito el fruto de tu vientre, Jesús. Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén».

Como un tema musical repetido por cristianos de toda condición y de todos los tiempos, esta oración expresa *el culto del Hijo a la madre*: «honrarás a tu padre y a tu madre» (Éx 20,12; Mt 15,4).

«El Amor no es más que una palabra, repetida sin cesar y siempre nueva», nos dice Lacordaire. Y en la letanía, de generación en generación, pura y sencillamente, se cumple la profecía de la Virgen: «todas las generaciones me proclamarán bienaventurada» (Lc 1,48).

- «He ahí a tu madre»
(Jn 19,27)

20. ¿Por qué orar?

«La oración es vergonzante», ha escrito Nietzsche. Más bien habría que decir que se trata de un acto tan natural como beber o respirar. «El hombre siente la necesidad de Dios del mismo modo que le resulta imprescindible el agua y el oxígeno» (Alexis Carrel).

Se puede añadir que no es merma de la dignidad del hombre la oración, como no lo es la necesidad de compartir feli-

cidad y penas entre los que se aman. *La autosuficiencia de Prometeo es un mito contra natura*. El hombre está hecho para amar, y alcanza su plenitud en el amor.

¿Para qué sirve la oración?

—La mejor imagen para entender nuestra vida en Dios es la de la alianza y el matrimonio. *La oración es a la fe lo que el diálogo es para el amor en el matrimonio*. Sin diálogo el amor se debilita y acaba por desvanecerse. Así ocurre con la fe sin la oración.

«Soy creyente pero no practicante», oímos decir. Podríamos responder invirtiendo los términos: «Quizás sois más practicantes de lo que decís —ya que la práctica religiosa no se limita al culto—, y menos creyentes de lo que pensáis —en la medida en que abandonais la oración—».

—La oración es además *una exigencia de nuestra vida moral*. «Sin mí, dice Jesús, nada podéis» (Jn 15,5).

«Dios —dice San Agustín— nos propone dos categorías de cosas: las posibles para que las hagamos, y las imposibles para que le pidamos la fuerza necesaria para llevarlas a cabo».

—La oración es, al mismo tiempo, *un derecho*: privarnos de él sería una equivocación: «Venid a mí todos los que estáis fatigados y agobiados, que yo os aliviaré» (Mt 11,28).

—Siendo la oración una necesidad para el hombre, es también *un deber para con Dios*. Oramos entregando nuestro tiempo a Dios, porque es Dios. Orando expresamos lo absoluto de Dios,

permanecemos ante Él, «como un perfume que vertido en su honor, perdiéndose a sí mismo», según dice Bossuet.

Y entonces *nuestra vida se hace toda ella oración*. Sin ella la acción deriva en una búsqueda inconsciente de nosotros mismos.

–La oración es *un servicio a la Iglesia*. «Toda alma que se eleva, eleva al mundo», dirá Elizabeth Lesœur.

–La oración es *siempre atendida*, al menos si no pedimos a Dios que se haga cómplice de nuestras cobardías y perezas, sino que le suplicamos asistirnos para hacer su voluntad, en la que está nuestra felicidad. Así no enseña a orar Cristo en el Padrenuestro.

¿Cómo rezar?

Aquí lo que más vale es la experiencia. *Se aprende a orar, orando*.

–La oración es *un combate*. Y un combate que ha de reiniciarse *cada día*. Nos despertamos paganos cada mañana, y cada mañana debemos despertarnos de nuevo a las realidades de la fe: adorar, pedir perdón y dar gracias.

–La oración auténtica es, al mismo tiempo, *espontánea y metódica*. Está presta a surgir en cualquier instante, pero necesita de momentos y lugares apropiados, si queremos que no esté a merced del capricho y la pereza.

–*Su fuente es la Escritura*, los salmos y la vida de Jesús concretamente, pero acude también a *fórmulas ya hechas*, como el Padrenuestro y el Avemaría, que vienen a ser como los piolets para el alpinista en la escalada.

–Los sentimientos y las ideas son secundarios. *Lo importante es el amor, la voluntad de amar*. Ya estamos orando cuando, ante Dios, reconocemos nuestra torpeza para orar y hacemos nuestras las palabras de los apóstoles a Jesús: «*Señor, enséñanos a rezar*» (Lc 11,1).

–También oramos cuando, en la presencia de Dios, *meditamos en nuestro corazón los sucesos de la vida diaria*.

Muchos creyentes se descorazonan por su incapacidad de concentración, por sus «distracciones». En realidad, estas fugaces ideas, que estorban nuestra atención, pueden incluso constituir la trama de una auténtica oración personal, si dejamos que Dios nos evangelice a través de ellas.

–La cima de la oración se alcanza en *la pura comunión con Dios en el silencio*. No es tan difícil, se necesita un poco de tiempo, confianza y tesón para alcanzarla. El rosario, a pesar de su aparente monotonía, conduce progresivamente a esta presencia ante Dios a los que confían.

«Velad y orar» (Mt 26,4), decía Jesús. Y Él mismo daba ejemplo de lo que aconsejaba, orando largamente en la noche, como en Getsemaní.

• «*Hay que rezar siempre para no desfallecer*»
(Lc 18,1)

21. ¿Hay que bautizar a los niños recién nacidos?

—*A primera vista, parece inconveniente comprometer la libertad de una persona para toda la vida sin su consentimiento.*

En realidad, se da en el niño el caso particular de una libertad que para desarrollarse necesita *provisionalmente* que otras libertades se comprometan en su lugar. Y esto se presenta en todos los aspectos de su vida infantil: lo mismo en la elección del alimento, o del lenguaje o de las normas de su comportamiento moral. No se trata, pues, de suprimir la libertad del niño, sino de suplirla para que tenga acceso a unos dones de los que irá disfrutando en una libertad *progresiva*. *No escoger* por el niño *ya es escoger*, porque la vida no espera.

A esto se puede añadir, contra una opinión hoy corriente, que *la libertad no constituye en sí el Bien Supremo*, sino que alcanza todo su valor de Bien cuando se ejerce no automáticamente, sino con conocimiento de causa.

En estas condiciones, parece ser que la regla de oro sería *escoger por el niño aquello que uno desearía para sí, por ser lo mejor*.

—*¿Porqué bautizar al niño?*

A la luz de las consideraciones precedentes, el cristiano quiere *el bautismo* de su hijo recién nacido. Es un acto de plena coherencia. Si para él Cristo es el sol de su vida, su mejor deseo es conseguir que su hijo participe de Él.

Para los padres cristianos es una felicidad *salir al encuentro del deseo de Cristo* vivo y resucitado, y ofrecerle a su hijo. *¿No es Cristo el primer responsable de este hijo, el garante de su libertad, el complemento indispensable de su ser?*

«Yo soy la Vid, dice Jesús, vosotros los sarmientos. Sin mí nada podéis» (Jn 15,5).

En estas condiciones, nada tiene de sorprendente que *desde los orígenes de la Iglesia*, los cristianos hayan bautizados a su hijos. Tenemos innumerables testimonios. La crónica de los Hechos habla en varias ocasiones del bautismo de toda una familia (Hch 16,33). San Pablo habla del bautismo como de «una nueva circuncisión» (Col 2,11-12), y los judíos realizaban esa ceremonia ocho días después del nacimiento. Tenemos pruebas igualmente en los escritos de los Padres de la Iglesia, como en San Ireneo, obispo de Lyon hacia el año 178.

—*¿Simple posibilidad u obligación de conciencia?*

Para los padres cristianos, el bautismo de los hijos más que una opción es *un deber de conciencia*, tanto por el bien del niño como por el bien del mismo Cristo. Eso sí, es preciso que *los padres se comprometan* a dar a su hijo una *educación cristiana*, que le permita al hijo *apropiarse progresivamente* del bautismo con todo conocimiento de causa.

- «*Dejad que los niños se acerquen a mí*» (Mc 10,14)

22. ¿Por qué la Misa?

—¿Qué es la misa?

Para comprenderla hay que ir *más allá de las apariencias*. Un proverbio chino dice que si señalamos a un tonto la luna con el dedo, el infeliz mira el dedo en vez de a la luna. En este caso la punta del dedo es el pan y el vino sobre el altar; es el sacerdote pronunciado las mismas palabras de Jesús: «éste es mi cuerpo, entregado por vosotros, y esta es la copa de mi sangre, vertida por todos los hombres» (1Co 11,24-25). Estos son los signos que invitan al creyente a un *acto de fe en el amor infinito del Padre*, que nos entrega a su Hijo, y del Hijo, que ofreciendo su vida por nosotros nos ofrece su Espíritu.

Aquel que ha dicho «yo soy la verdad» no miente. Por la Eucaristía nosotros estamos *realmente en presencia del cuerpo entregado y de la sangre derramada*, es decir, de la persona de Jesús en el momento mismo en que entrega su vida por nosotros.

La Eucaristía es *un desafío al tiempo y al espacio*. Por ella *participamos en el sacrificio de Jesús en la Cruz*. «En nuestras iglesias, dice Bossuet, gracias a la Misa, todos los días es Viernes Santo». Dan ganas de decir: «y todo lo demás es literatura». Ya decía San Pablo: «yo, cuando estuve entre vosotros, no me precié de saber de nada, sino de

Jesucristo, y éste crucificado» (1Cor 2,2).

Por la Eucaristía venimos nosotros a ser *contemporáneos* de la pasión y de la muerte de Cristo. *La misa es realmente un sacrificio*, es la participación en el único Sacrificio de Cristo.

Imaginemos una iglesia circular, que en su centro tiene un altar. Todas sus puertas dan acceso directo a ese altar. Toda misa da un acceso inmediato y permanente a la cima del Amor.

—¿La Misa es simplemente una ceremonia?

No solo es eso, sino que es *una llamada del Amor que a amor llama; una Acción que llama a la acción*.

Cristo es el camino pero, como dice San Agustín, es «un camino que anda», conduciéndonos al Padre. En el Gran Norte los troncos bajan flotando por el río hasta llegar a su destino. Y así nosotros somos los troncos de los árboles, que por el gran río del Amor de Cristo, somos llevados por su Espíritu al Padre.

—La Misa nos abre al mundo

Por la Eucaristía entramos en el centro de Dios Amor y, a la vez, en *el centro del Universo y de la Historia*.

Escapamos así fuera del tiempo, o mejor dicho, nos unimos a él en su totalidad. Es decir, en la inmensidad de ese Cristo que todo lo cifra en sí mismo, nos vinculamos inmediatamente a la victoria de la Pascua, al triunfo de la Ascensión y a la efusión del Espíritu en Pentecostés. Toda *la vida de Cristo*, toda escena del Evangelio, se nos

hace presente. Nos unimos al mismo tiempo con *el pueblo de Dios*, el del Antiguo Testamento y el de la Iglesia, desde sus orígenes hasta nuestros días. La Virgen María, todos los santos, nuestros difuntos, se unen a nosotros, con aquellos que nos acompañan en la misa y con los que no están presentes en ella.

Por la Eucaristía y en Cristo, nos personamos en todos los suburbios del mundo y nos reunimos con todos los que sufren. Entramos así en comunicación directa con la humanidad en su historia, en su prehistoria y... en su porvenir. Porque Cristo, el Verbo creador es de ayer, de hoy y de mañana. Con Él penetramos el porvenir, *el futuro se nos hace presente*, atravesamos la semana próxima, asistimos a nuestra muerte y resurrección, y las hacemos nuestras uniéndonos a la voluntad de Dios.

—¿Por qué la comunión?

El Amor tiende a la unidad. La comunión sacramental del cuerpo y la sangre de Cristo opera esta fusión (Jn 6, 55-57). El cristiano que comulga sale de sí mismo y se sumerge en el Amor, y con él en el mundo. Y así se hace con Cristo de alguna manera *sacerdote* del mundo, sacerdote en el sentido exacto del término, haciendo real por las palabras y gestos de la Eucaristía esta inmensa e inefable presencia de Dios ante los hombres, de los hombres ante Dios, y de los hombres entre sí.

—¿Por qué se lee la Biblia en la Misa?

Una acción de tal transcendencia, para que no caiga en la magia, ha de

ser esclarecida por la Sagrada Escritura. Ésta es lo que llamamos *liturgia de la Palabra*, que precede siempre al signo del pan y del vino, desvelando su sentido y su actualidad.

El misal ofrece a sus lectores más de 500 pasajes de la Escritura, sin contar los salmos, es decir, una magnífica antología de la Biblia.

—¿Cómo participar activamente en la misa?

La comunión requiere una preparación del espíritu, gestos, oraciones dialogadas, cantos en común, ofrendas, participación de bienes, gestos de paz. Todo está orientado a centrarnos en ella, para retornar al mundo desde el corazón de Dios.

—¿Es la misa necesaria?

La Eucaristía es indispensable al cristiano, como lo es el alimento a la vida, como la presencia es necesaria al amor. La obligación de la misa del dominico es una *exigencia vital*.

«No hay nada más grande que la Eucaristía» (*Cura de Ars*).

• «Yo soy el pan de vida... Haced esto en memoria mía» (Jn 6,35; Lc 22,19).

23. ¿Por qué el matrimonio cristiano?

Se reprocha con frecuencia a la Iglesia por su intransigencia en materia de

moral sexual y conyugal. En realidad la Iglesia pretende simplemente en este tema, como en tantos otros, ser *eco fiel de la enseñanza de Cristo*.

Basta abrir el Evangelio para encontrar la afirmación de Cristo sobre la indisolubilidad del matrimonio, el elogio del celibato voluntario y la denuncia de los pensamientos impuros que ensucian el corazón del hombre.

Los contemporáneos de Jesús lo entendían así cuando le decían: «si tal es la condición del hombre, más vale no casarse» (Mt 19,10).

Y por su parte Cristo, en vez de negociar sus exigencias en materia de castidad, concluía: «El que pueda entender que entienda» (Mt 19,12).

Remito sobre este asunto a los pasajes siguientes del Nuevo Testamento: Mc 10,1-12; Mt 19,1-12; 1Co 7, 3-7. 10-11; Ef 5,25-32.

—¿Qué significa que el matrimonio sea un Sacramento?

La concepción cristiana del amor humano resulta un enigma si no lo relacionamos con su origen, *el amor de Cristo por su Iglesia*, que a su vez revela el del misterio de amor del Dios viviente, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

En Dios uno y trino, cada una de las personas tiene su identidad en su relación de amor con las otras dos. Del mismo modo, la creación y aún más la redención son la exteriorización gratuita de la misma existencia divina; algo así como el fulgor del sol que permite hacernos una idea de su íntima energía. Así es como el amor entre hombre

y mujer, en el marco del matrimonio cristiano, constituye en el medio humano *una epifanía del Amor que define a Dios mismo*.

Eso sí, esta entrega de amor entre los esposos ha de ser *libre, exclusiva, definitiva y fecunda* si quiere ser reflejo de la perfección del mismo Amor divino.

Entonces, ese amar y ser amado son los dos componentes necesarios y suficientes de la verdadera felicidad que *Dios se compromete* a garantizar por el don de sí mismo a los esposos. Éste es *el sacramento del matrimonio*.

—Justificación de la moral cristiana sobre el amor humano.

Así las cosas, parece fuera de lugar hablar de *matrimonio a prueba*, como tampoco hablamos de creación o redención a prueba.

La unión de los cuerpos corona la unión de los corazones, y no puede ser disociada del sacramento por el que Cristo confía los esposos el uno al otro y en Él mismo se da amorosamente a la pareja.

Esta unión, por otra parte, no puede disociarse de su finalidad de traer hijos al mundo, respetando las leyes y ritmos de la naturaleza. En este marco se inscribe el placer unido a ese acto meritorio, por el que se hace legítimo.

Decía Aristóteles que Dios concedió el placer a la virtud, como la lozanía a la juventud.

Y no hay en esto nada excepcional: lo mismo sucede con *el placer* de comer y beber, que *acompaña naturalmente el deber* de preservar la salud y

la integridad de nuestro cuerpo.

Lo mismo que nuestra conciencia rechaza la práctica de aquellas orgías romanas, en las que se acudía de vez en cuando al *vomitorium* para poder seguir comiendo, también se puede objetar la legitimidad de un placer que se pretende con un acto que ha sido voluntariamente desconectado de su fin.

—*¡Estamos pidiendo un esfuerzo sobrehumano!*

La fuerza de la pasión, ciertamente, es a veces tan intensa que resulta heroico resistirla.

Claudel, que conoció esta lucha, dejó escrito: «la juventud no está hecha para el placer, sino para el heroísmo».

La moral de Cristo nos llama constantemente a ir más allá de nuestra debilidad, invocando la ayuda de Dios. «Sed perfectos, decía Jesús, como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt 5,48).

El hombre es un aprendiz. Nadie nace enseñado. No habrá, pues, que reprocharle por su inexperiencia y sus errores, pero esto siempre que reconozca sus flaquezas y que entre humildemente en la escuela de su Maestro.

Es en la oración y en el sacramento de la penitencia donde el hombre encuentra la ayuda necesaria para realizar el plan de Dios sobre él.

Y es entonces cuando las realidades carnales se transforman en un trampolín hacia la santidad:

«Entrégenme un joven, decía San Juan Bosco, y yo haré de él un santo».

• «*Que el hombre no separe lo que Dios ha unido*»
(Mt 19,6)

24. ¿Por qué la confesión?

El sacramento de la reconciliación no «está de moda» hoy en día. Veamos por qué.

—*¿Afectan a Dios nuestras faltas morales?*

Sí, por eso las llamamos *pecados*.

El pecado rechaza el amor a Dios y a nuestros hermanos. «El Amor no es amado».

El pecado constituye un mal para el hombre mismo. Es un acto de *autodestrucción*, que desfigura en nosotros la imagen de Dios. ¿Un padre debe mantenerse indiferente ante la degradación de su hijo?

El pecador hace a Dios *materialmente cómplice* de su pecado, pues utiliza la energía creatural que Él le comunica para contrariar la voluntad divina.

—*¿El pecado es un asunto entre Dios y yo!*

«Mientras tú no ardas en la llama del amor, muchos morirán de frío» (Mauriac)

—*Yo me confieso a Dios directamente*, como los protestantes.

Los católicos también lo hacen al final del día cuando hacen el examen de conciencia y piden perdón a Dios por sus culpas, pero esto no basta.

—¿Por qué?

Porque Jesús ha dicho a sus apóstoles: «A quienes perdonéis los pecados, les serán perdonados» (Jn 20,23). Con estas palabras autoriza y confía Jesús la práctica de la confesión sacramental a los sacerdotes. Y la historia del sacramento de la penitencia es la expresión progresiva de esta toma de conciencia en la Iglesia.

—¿Por qué Cristo ha elegido esta forma de perdón?

Dios se complace en actuar a través de intermediarios: así actúa en el nacimiento, la cultura, el bautismo, la educación religiosa... Haciéndose nuestro confidente, *el otro* —el sacerdote— nos representa sensiblemente al *Otro* —Dios— Y ese diálogo con él aviva *nuestra fe*.

—¿Es difícil confiarse a una tercera persona!

«Hay en el hombre un deseo innato de confiarse a alguien. A a falta de confiarse a un sacerdote, uno se confía al primero que llega. El éxito de los psiquiatras, psicólogos y consejeros de todo tipo se explica por esta *necesidad*» (Mons. Gouyon)

—¿Pero no es el sacerdote también un pecador?

Su absolución sigue siendo válida. «Cuando Pedro bautiza es Jesús quien bautiza. Cuando Judas bautiza es Jesús quien bautiza» (San Agustín).

¡El que absuelve siempre es Cristo!
En Él es el Padre quien acoge a su hijo y lo estrecha contra su corazón (Lc 15,11-32).

—¿A quien confesarse?

En caso de *urgencia* se acude al primer médico que se encuentra; pero *habitualmente* es mejor acudir a alguien que conozca al enfermo.

—Hay personas que se confiesan y no valen más que los demás.

¿Qué sería de ellas sin la confesión? El Padre Foucauld, pese a sus dudas, aceptó en una ocasión confesar sus pecados. A partir de entonces su fe se fortaleció y su vida sufrió una profunda transformación.

—Pero siempre caemos en las mismas faltas

Para estar aseado ¿no debemos atender *todos los días* a nuestro cuidado personal? Practicar este sacramento no sólo nos da la certeza del *perdón*, sino también la *sanación* de nuestra conciencia. Este «nuevo bautismo» no sólo suprime los efectos del mal, sino que se remonta a la causa del mismo. Y *el diálogo con el confesor* forma parte integrante de su misterio.

—Cada vez se comulga más... y se confiesa menos. Las faltas graves parecen no ser un obstáculo para la comunión.

No olvidemos la solemne advertencia de San Pablo: «El que come el pan y bebe del cáliz del Señor indignamente, come y bebe su propia condenación» (1Co 11,27-29).

En el Amor humano es inconcebible la comunión de los cuerpos sin la armonía de los corazones. La violación nunca ha sido causa de reconciliación... En la Eucaristía Cristo se ofrece a nosotros en forma inefable e indefensa. No debemos hacer violencia a Cristo en este sacramento, sería un sacrilegio, sino reconciliarnos con Él antes, en ese diálogo de amor que es la confesión.

Confesar es también un acto de comunión, es un acto de amor que para ser hecho no requiere una previa falta grave. La limpieza del alma nos conduce el encuentro pleno de la Eucaristía.

—¿Qué pensar de las celebraciones comunitarias del sacramento de la Reconciliación?

La preparación comunitaria nos ayuda a conseguir la mejor disposición para recibir el sacramento. «Hay una comunión entre todos aquellos que se confiesan. En el corazón de la Iglesia Esposa se presentan ante el esposo en la verdad total» (Von Speyr).

—¿Qué valor tiene la absolución colectiva sin confesión personal?

Es legítima en caso de peligro de muerte o de necesidad grave a juicio del obispo; pero no dispensa de la contrición ni de la obligación de reparar. *Perdona todos los pecados, incluso los más graves*, pero la Iglesia exige que el cristiano, en espíritu de penitencia, se comprometa a confesar a un sacerdote estos últimos pecados en la primera ocasión que encuentre.

• «A quienes perdonéis los pecados, les serán perdonados»
(Jn 20,23)

25. ¿Por qué el infierno? ¿Por qué Satanás?

Muchos hoy no creen en el demonio y en el infierno; al menos *los dejan en un silencio permanente*. Sin embargo, hundirlos en el silencio es olvidar que Cristo nos habla del demonio con bastante frecuencia y avisa acerca del infierno sin ninguna ambigüedad (Mt 25, 31-46; Mt 10,28; Ap 21,8). *Nuestros contemporáneos tienen derecho a recibir todo el Evangelio.*

—¿Qué es el infierno?

Para observar un precipicio desde lo alto de una montaña es conveniente disponer de una *sólida barandilla*, que nos preserve del vértigo. Ese parapeto, en el peligroso tema que nos ocupa, es *el infinito amor que Dios tiene por nosotros*.

El Amor se desarrolla en libertad, y en la libertad se da *el riesgo del rechazo*. La vida es para un cristiano un continuo aprendizaje de Amor, y ella implica la posibilidad de rechazar ese Amor.

Dios nos ama. Si al fin de la prueba hemos aceptado su Amor, conseguimos así nuestra felicidad. Si lo rechazamos, *encerrándonos en nosotros mismos*, eso es el infierno. *El infierno es el aislamiento voluntario, el rechazo del Amor.*

—¿Habrà muchas personas en el infierno?

Lo que podemos decir sobre este delicado asunto es lo siguiente:

1) La Iglesia, que se ha pronunciado infaliblemente sobre la gloria eterna de la que gozan muchos de sus fieles — canonizaciones de santos—, *jamás se ha pronunciado sobre la condenación de ningún hombre.*

2) Nunca la Iglesia ha prohibido rogar a Dios por *la salvación de todos los hombres*. Por el contrario, es ésta una costumbre piadosa, como la tenía el Padre Ch. de Foucauld, que repetía aquella frase de San Pablo: «Dios quiere que todos los hombres se salven» (1Tm 2, 4).

3) No se puede negar, sin embargo, que *la condenación eterna es una posibilidad real, de la que Cristo quiere salvarnos a toda costa*. Los sufrimientos voluntarios de su Cruz nos prohíben dudarlos.

—¿De verdad existe el Demonio?

Si bien la Iglesia no se ha pronunciado sobre la condenación eterna de ningún hombre, por el contrario sí lo ha hecho sobre ciertos ángeles a los que llamamos *demonios*.

No se trata aquí de recaer en el error maniqueo, doctrina antigua rechazada por la Iglesia, según la cual el bien y el mal habrían dado origen al mundo, como un doble principio contrapuesto. Satanás es una simple criatura, que se cierra al Amor. Pero se equivoca gravemente aquel que subestima la potencia del demonio, cuya astucia le lle-

va a confundirse tan sutilmente con el corazón del hombre y las realidades del mundo, que hay peligro de no creer ni en su acción ni en su presencia (Jn 8, 44).

—¿La Iglesia es muy pesimista!

Denunciando la existencia de Satanás, el Evangelio no deja de ser una Buena Noticia. Con esa verdad ilumina singularmente a la condición humana. El hombre no es fundamentalmente malo; por el contrario, lleva en sí mismo la huella de su bondad original, que procede de Dios. Pero su naturaleza ha sido herida por el mal, y ha quedado débil: es el pecado original.

Proponiéndonos *entrar en el ámbito de Cristo por el camino de la fe*, el Evangelio nos permite *escapar de la esfera del influjo demoníaco*. Nos convierte así en los grandes vencedores, como dice San Pablo, gracias a «Aquél que nos ha amado» (2Tes 2,16; Ef 1,6).

Es de lamentar que nuestra generación, con su *política del avestruz*, esté haciéndole el juego al Adversario. Rechazando la existencia del espíritu del mal y su acción sobre nosotros, se ve obligada a *oscilar entre dos extremos*:

—o bien sobrevalora la debilidad del hombre, exonerándole de toda responsabilidad: todo se justifica por mecanismos psicológicos y presiones sociales; y el hombre así, despojado de responsabilidad, pierde toda su dignidad;

—o bien, sensible a la gravedad del mal que pesa sobre el mundo, no solamente se acusa el hombre, sino que se le ahoga en el odio y la desesperanza, y se le hunde en la náusea de un mundo

absurdo, que no tiene remedio.

En ambos casos, el mal triunfa sin apelación. *El mensaje del Evangelio es mucho más verdadero y humano.* Jesús no viene ni a exculparnos, haciéndonos irresponsables, ni a abrumarnos y condenarnos. Viene realmente a *salvarnos*. Volviéndonos a Él por la fe, nos permite participar de su victoria:

«Ya no soy yo, es Cristo quien vive en mí», dice San Pablo (Gál 2,20).

- «*Temed a quien puede precipitar vuestra alma y cuerpo en la gehenna*» (Mt 10,28).

26. La Resurrección.

No podemos acabar este estudio con la reflexión sobre Satanás y el infierno. «Si el demonio os dice que el cielo existe, pero que no es para vosotros, no le creáis» (Maximiliano Kolbe).

—*Cristo ha resucitado, pero ¿qué será de nosotros?*

La Resurrección de Cristo ha abierto a la humanidad perspectivas inauditas. Es como un anuncio de lo que está por llegar. «Si Cristo no ha resucitado, comamos y bebamos, que mañana moriremos... Pero no, El sí que ha resucitado de entre los muertos, y como primicia de los que duermen... Y Dios, que lo ha resucitado, con su mismo poder nos resucitará también a nosotros» (1Co 15,12-33).

—*¿Cómo resucitaremos?*

La Resurrección de Cristo no solamente nos da *la certeza de una vida después de la muerte*, sino que nos deja entrever *capacidades insospechadas para nuestro propio cuerpo*.

Jesús resucitado atraviesa los muros, franquea las distancias instantáneamente, su cuerpo es luminoso... pero aquí se detiene nuestro conocimiento.

Es radicalmente imposible que podamos imaginar nuestra vida en el otro mundo. Quizá una comparación nos ayudaría a comprender.

Supongamos que, estando *en el seno de nuestra madre* en posesión de plena consciencia, pudiéramos responder a alguien que nos preguntara acerca de nuestra situación. Responderíamos sin duda: «me encuentro bien, me rodea una temperatura agradable, y me alimento en la medida de mis necesidades».

Y supongamos que se nos replicara: «infeliz, triste es tu existencia, tienes manos y no te puedes servir de ellas y tus pies no te permiten trasladarte en el espacio. Nada puedes ver con tus ojos. Sal y conocerás lo que es la vida». A eso diríamos nosotros: «¡pero salir será la muerte!», incapaces de imaginar un mundo fuera del claustro materno.

Algo así puede ser nuestra situación en la actualidad. *Nosotros tenemos fuertes aspiraciones* a la verdad, al bien, a la justicia, a la fraternidad y a la integridad corporal; son éstas profundas aspiraciones, que se identifican con nuestra propia naturaleza. Pero somos *incapaces de satisfacerlas plenamente* en el estado actual de nuestra existencia.

Para alcanzar esa plenitud, debemos renacer, es decir, ascender a un mundo nuevo, el de la resurrección, que únicamente *por la experiencia podremos conocer*, un mundo que «ni ojo humano ha visto, ni oído ha escuchado» (1Co 2, 9), un mundo que hoy por hoy nos resulta imposible imaginar y cuya realidad permanece velada a nuestro entendimiento.

—¿*Qué es el cielo?*

Escuchemos a aquellos afortunados que han recibido cierta revelación de lo inefable.

Teresa de Jesús decía: «en el cielo nos sorprenderá las bondades que Dios ha preparado para nosotros».

Esta iluminación celestial no nos dejará inactivos, por otra parte. «Pasaré mi cielo haciendo el bien sobre la tierra» (Teresa del Niño Jesús).

La revelación suprema, para cada uno de nosotros, será la visión y posesión de Dios. «Seremos semejantes a Él, porque le veremos tal cual es» (1Jn 3,2-3).

Como el hierro sometido al fuego viene a hacerse incandescente, así nosotros, sumergidos en Dios, *seremos como Él es*. «Entonces le conoceré como ahora soy conocido» (1Cor 13,12). Y le amaremos como por Él somos amados.

Como una gota de agua se mezcla en la inmensidad del mar sin dejar de ser ella misma, así participaremos de la inmensidad de la ciencia y del amor de Dios. Por Él, con Él, en Él, todos nosotros seremos consumados en la unidad.

—*El Purgatorio.*

«No podremos entrar en la vida con Dios sin habernos liberados totalmente del pecado» (Mns. Etchegaray). También aquellos que mueren en la amistad con Dios han de pasar normalmente por un proceso de purificación que llamamos *purgatorio* (2Mac 12,46).

—*¡Entonces el cielo está cerca!*

Desde ahora, escondidos en Cristo (Col 3,3), nuestra vida eterna ha comenzado y, como mujer a punto de dar a luz, la creación gime con los dolores del parto, esperando la redención de nuestro cuerpo y la revelación de los hijos de Dios (Rm 8,22).

—*A la espera.*

Mientras esperamos este maravilloso reencuentro, «*el momento más bello de la vida es el momento presente*» (Engel). El pasado queda a la espalda, el porvenir no ha llegado todavía, pero podemos vivir el instante presente con la gracia de Dios *en el Amor*.

• «*Ven, Señor Jesús*»
(Ap 22,20)

**El amor de Dios fundamenta
nuestra fe y nuestra vida.**

*Amar, es dar..
Ésa es la causa de la creación.
Amar es hablar al ser amado..
Ésa es la causa de la revelación.
Amar, es compartir la vida, el destino..
Ésa es la causa de la encarnación.
Amar es salvar al que se ama..
Ésa es la causa de la redención.
Amar es hacerse nada ante el ser amado..
Ésa es la causa de la Virgen María.
Amar es permanecer cerca del ser amado..
Ésa es la causa de la Eucaristía.
Amar es asociar al ser amado a la propia felicidad..
Ésa es la causa del cielo.*

Así debe ser vivida nuestra vida en el amor de Dios y de los otros,
para compartir la vida de Dios.

En el silencio y a través de los otros nuestro espíritu conoce a Dios
y nuestro corazón se adhiere a Él para siempre.

Madre del Amor Hermoso ¡Ruega por nosotros!

25 de marzo,
fiesta de la Anunciación

Abbé Yves Moreau
Nuestra Señora de Arcachon

Índice

Presentación, 3.

I. Los fundamentos.

1. ¿Por qué este folleto?, 4.
2. ¿Hay diferencias entre el hombre y el animal?, 5.
3. ¿El espíritu del hombre puede alcanzar la verdad?, 6.
4. ¿Es la muerte la aniquilación del hombre?, 7
5. ¿Cómo explicar el mundo y el universo?, 8.
6. ¿Qué puede pensarse de una explicación del mundo por el azar y la necesidad?, 9.
7. ¿De donde viene la idea de Dios?, 10.
8. ¿Ante los males del mundo, cómo puede decirse que Dios existe?, 11.
9. ¿Quién es Dios?, 12.
10. ¿Nos dan los Evangelios la verdadera imagen de Jesús?, 13.
11. ¿Quién es Dios para Jesucristo?, 14.
12. ¿Quién es Jesús?, 15.
13. Si hay ateos mejores y más caritativos que los cristianos ¿de qué nos

- sirve ser creyentes y cristianos?, 16.
14. ¿Qué es la fe?, 17.
 15. ¿Todas las religiones son iguales?, 18.
 16. Una nota sobre los milagros, 19.
 - 16 bis. ¿De donde proviene el mal? ¿Por qué a mí?, 19.

II. Algunos puntos esenciales.

17. ¿Qué hay que pensar de la Biblia?, 21.
18. ¿Por qué la Iglesia?, 23.
19. ¿Por qué la figura de la Virgen María?, 24.
20. ¿Por qué orar?, 26.
21. ¿Hay que bautizar a los niños recién nacidos?, 28.
22. ¿Por qué la misa?, 29.
23. ¿Por qué el matrimonio cristiano?, 30.
24. ¿Por qué la confesión?, 32.
25. ¿Por qué el infierno? ¿Por qué Satanás?, 34.
26. La Resurrección, 36.

Índice, 39.